



y a transpiración, que habéis que repetir la escena cinco veces — aunque a algunas les gusta recordar que fueron siete, pero la pregunta de los filósofos dice que así no hay que tomarlo demasiado en cuenta puesto que de toda la vida ha habido gentes equivocadas que gustan de desconocer las cosas y acciones de su conciencia y de su realidad — y hasta en algunas (que unos asegurarían hasta la saciedad que era la tercera y otros se especularían en mantener que fue la cuarta) desearon tanto el marcharse a cenar que, cuando al fin nos servimos a la mesa, la manzanita se había quedado tan fresca que no me podía tomarla según era costumbre con cuchara y fue motivo de que papá pidiere poner un vestido de baño y para enorme disgusto de la de Lucía, que siempre había estado con ver a su mamá con la pretera magallana de confiterías y hasta había sugerido que por qué no fuéramos a estar de Malta o el interior de la isla de Cádiz porque que qué trabajo costaba y aunque fuera sólo para la fotografía del cuarto de estar el servir en el fondo del plato con tanta seriedad y tanta aplique que día por día — así pretendiendo, en su inocencia, el poderío, tan recién llegado como estaba y siendo aquella además su primera experiencia — a que, como consecuencia de su larga y serena disertación acerca de lo muy equívoco y luego (él dijo “lindo”) de nuestros pasos por nuestros propios errores en nuestros miedos, la señorita Magallán se pusiera más histórica e impaciente de lo que jamás hubiera cabido esperar de una persona tan nerviosa e insegura como ella, que nos tenía siempre en vilo sin saber si iba a estar a la altura de qué se esperaba de ella (o que esperaba por lo menos de la Magallana, que ya estaba colocada en su sitio y con el portafolio pincelado y dibujado en la bocananga,

Violeta se pusiera

Más histérica todavía que aquella vez en que se le coló en pleno examen una pregunta con la que ella en absoluto contaba porque, además de estar segura de que no correspondía ni a su asignatura ni a la evaluación que la ocupaba — que lo comentó entre lágrimas en la sala de profesores mientras daba sorbitos compungidos a una taza de valeriana que le hicieron para ver si se calmaba —, ella, Violeta, era muy exquisita, muy delicada, y jamás habría accedido a que “algo tan sumamente

sucio y feo” (dijo) arrojara una mancha sobre su expediente que “mirad — indicó — cómo me lo ha dejado”.

Y, sí, aunque todo el mundo quiso consolarla con un *pero si casi no se nota* que sonaba a falso, la verdad pura y dura es que estaba lleno de grasa y el aspecto era del todo lamentable.